

¿Usamos la palabra “hacedor”?

por **María del Rosario Ramallo**

Cuando en 1960, Borges publicaba su obra *El Hacedor*, le estaba dando al término la segunda acepción con que hoy figura en la última edición del diccionario académico: “Se aplica especialmente a Dios, ya con algún calificativo, como *el Supremo Hacedor*, ya sin ninguno, como *el Hacedor* “. También nuestro reciente *Diccionario integral del español de la Argentina* lo incluye con la definición general “que hace algo” y da como ejemplo: “Decidieron convocar al dios *hacedor* de la lluvia”. Como observamos, en unos casos, el término actúa como sustantivo y, en otros, como adjetivo.

El vocablo “hacedor” se forma, al igual que una gran cantidad de términos en el idioma, sobre la base de un verbo, a la que se le ha agregado el sufijo –DOR, con el significado de agente, esto es, el que realiza algo. Es un procedimiento muy productivo, que ha dado a la lengua una cantidad muy grande de palabras ya registradas y que, además, brinda la posibilidad de crear, a partir de otros verbos, nuevas voces con el mismo método.

Reflexionemos acerca de cuántas palabras de este tipo utilizamos en nuestro accionar cotidiano: empezamos el día con un “**despertador**”; vamos por el “**corredor**” hacia las otras habitaciones; con el “**tostador**” doramos algunas rebanadas de pan. Mientras leemos el diario, marcamos con “**resaltador**” ciertas noticias interesantes. En ese momento, suena el teléfono y el “**contestador**” se activa rápidamente. Verificamos quién nos ha llamado tan temprano y advertimos que es un “**colaborador**” que nos recuerda algo valioso de nuestra agenda o algún “**encuestador**” que desea saber cuál es nuestro “**proveedor**” de banda ancha.

La terminación –DOR que hemos usado, con valor sustantivo o adjetivo, para indicar “el que despierta, el que resalta, el que contesta, el que colabora” aparece junto a otros sufijos que cumplen la misma función: el sufijo –OR, en formas como “censor”, “revisor”, “defensor”; también, el sufijo –TOR cumple la misma función; así, en términos como “conductor”, “lector”, “contraventor”, “productor”.

Muchas veces, nos cuesta hallar el verbo que sirve como punto de partida, porque se ha guardado fidelidad al latín como en “auditor” (del latín *audire* = oír), o en “veedor” (de la forma *veer* y del latín *videre* = ver). Otro tanto ocurre en “espectador” (de la forma latina *spectator* y del verbo *spectare* = mirar, contemplar, observar) y en “locutor” (del verbo latino *loqui* = hablar). A veces, la forma actual está muy lejos de la forma original en cuanto a significado: un ejemplo es “nomenclador”, que hoy designa el catálogo con los nombres de pueblos, de sujetos, de voces técnicas; su origen es el término latino *nomenclator* (sobre la base de *nomen* = nombre y *calare* = llamar, convocar), que designaba a un esclavo encargado de decir a su señor los nombres de sus visitantes o el de aquellos cuyos votos deseaba ganar. ¿Tendremos, en este último sentido, algunos nomencladores en nuestro entorno actual?

El **lector** podrá advertir que todos somos **hacedores** de la lengua y **colaboradores** de su evolución y uso y que nos transformamos así en **autores** y **difusores** del idioma.

Para cerrar simétricamente con aquello que mencionamos al iniciar el artículo, transcribimos lo que Borges, en una conversación con el periodista Antonio Carrizo, en 1979, dijo de *El Hacedor*: “*El Hacedor es mi mejor libro, porque cada página se escribió por necesidad. Creo que no hay ripios, o un mínimo de ripios*”.

Este artículo fue publicado en MDZol, Sociedad, Nuestra palabra on line, el 03/12/2009.
Link permanente: <http://www.mdzol.com/mdz/nota/175611>